



La historia de

Elena



ALGO PARA CONTAR

Recuperamos historias antes de que se pierdan.

La historia de

Elena Beatriz Ferraro



ALGO PARA CONTAR

*Para Camila, Joaquín y Lucía, para que sepan de
dónde vienen.*

*Y para Aldo, que escuchó todos mis cuentos y
todavía me pide que le cuente alguno más.*

Índice

ETAPA 1 · INFANCIA, FAMILIA Y RAÍCES	5
El comienzo	6
Mi familia	7
La casa y el lugar donde crecí	8
Los pequeños tesoros de la memoria	9
ETAPA 2 · ADOLESCENCIA	10
Mi primer trabajo	11
Los primeros amores	12
ETAPA 3 · JUVENTUD Y ENTRADA EN LA VIDA ADULTA	13
Formar una familia	14
ETAPA 4 · MADUREZ Y CONSOLIDACIÓN DE LA VIDA ADULTA	15
Las crisis y los golpes de la vida	16
ETAPA 5 · CAMBIOS, APRENDIZAJES Y UNA NUEVA MIRADA	17
Lo que aprendí de la vida	18
ETAPA 6 · LA VIDA QUE RECORRÍ Y LA QUE ME QUEDA	19
Mi mensaje para los que vienen después	20
Otros recuerdos	21

ETAPA 1



Infancia, familia y raíces

Hasta los 12 o 13 años

“Recuperamos historias antes de que se pierdan.”

El comienzo

De dónde vengo

Nací el 14 de marzo de 1947 en Villa Esperanza, un pueblo del sur de Santa Fe que en esa época tenía una estación de tren, una plaza con cuatro palmeras y más perros que habitantes. Nací en la casa de mis padres, pegada a las vías, y me recibió doña Pilar, la partera, que según mi mamá llegó caminando con el delantal puesto porque la fueron a buscar en medio del almuerzo.

Me pusieron Elena Beatriz. Elena por mi abuela paterna, a quien nunca conocí, y Beatriz porque a mi mamá le gustaba cómo sonaba. Mi papá, Domingo, trabajaba en el ferrocarril, y esa noche tenía guardia. Se enteró de que había nacido una nena cuando bajó el tren de las seis de la mañana y alguien le gritó desde el andén: "¡Domingo, felicitaciones, es mujer!".

Siempre me contaron que lloré poco y miré mucho. Mi mamá decía que yo ya nací con cara de estar tomando nota de todo. Quizás por eso, setenta y tantos años después, me acuerdo de tantas cosas.

Mi familia

Las personas que estuvieron al comienzo de mi vida

Éramos cinco hermanos y yo era la tercera. Nené, la mayor, mandona y generosa como ninguna. Ricardo, que se pasaba el día arreglando cosas que no estaban rotas. Después yo. Y atrás vinieron Luis y la Chicha, que era la menor y la que más se salía con la suya.

Mi mamá, Antonia, era costurera. Cosía para todo el pueblo en una máquina Singer que tenía pegada a la ventana, y trabajaba hasta cualquier hora con la boca llena de alfileres. Hablaba poco, pero cuando hablaba no había discusión. Mi papá era lo contrario: un hombre risueño, de silbido fácil, que llegaba de la estación con olor a carbón y a tabaco y nos levantaba a todos en brazos, de a uno.

Con nosotros vivía la nona Carmela, la mamá de mi mamá. Había llegado de Italia siendo muy chica y nunca perdió el acento. Rezaba en italiano, retaba en italiano y cocinaba en italiano. A mí me llevaba a todos lados de la mano y me decía "Lenita", y nadie más pudo llamarme nunca así.

Los domingos la casa se llenaba de tíos, primos y vecinos. No había lugar para sentarse, pero siempre había lugar para uno más.

La casa y el lugar donde crecí

El mundo que existía alrededor mío

La casa era de ladrillo sin revocar, con techo de chapa y un patio largo de baldosas rojas que mi mamá fregaba todos los sábados. Al fondo había un parral que daba una sombra espesa en verano y un limonero que nunca supimos quién había plantado. Al lado, el aljibe, con su tapa de madera y la cadena que chillaba cuando se sacaba agua.

Vivíamos a cincuenta metros de las vías, así que el tren era el reloj de la casa. El de las seis de la mañana nos despertaba, el de las doce avisaba que había que poner la mesa y el de la tarde, que ya venía papá. Aprendimos a hablar más fuerte cuando pasaba y a dejar de oírlo, como uno deja de oír el latido propio.

En el patio dormíamos la siesta bajo el parral, sobre unas colchas que traíamos de adentro. Y cuando hacía mucho calor, mi papá tiraba baldazos de agua al piso y el olor a tierra mojada subía hasta el techo. Ese olor lo reconocería con los ojos cerrados en cualquier parte del mundo.

Los pequeños tesoros de la memoria

Objetos, fotografías, frases, comidas, fiestas y costumbres

Conservo la máquina Singer de mi mamá. Está en un rincón de mi comedor, con un mantel encima, y todavía anda. A veces la miro y me parece escuchar el ruido de la aguja de fondo, como una radio lejana.

Conservo también una foto en blanco y negro de la primera comunión: yo, con un vestido que me hizo mi mamá con los restos de una cortina, y la nona Carmela atrás, con las manos sobre mis hombros, mirando a la cámara como si le debiera plata.

De las comidas, me quedó para siempre la salsa de los domingos. Mi nona la empezaba a las ocho de la mañana y a las doce todavía no estaba lista, porque, decía, "las cosas buenas no se apuran". Y de las frases, una de mi papá: "Mientras haya un plato en la mesa y alguien para compartirlo, no nos falta nada". Lo repetía cada vez que la plata no alcanzaba, y nunca supimos si era verdad o si lo decía para tranquilizarnos. Con los años entendí que daba igual.

ETAPA 2



Adolescencia

De los 12 a los 18 años

“Descubrir quién empezaba a ser”

Mi primer trabajo

Cuando empecé a asumir responsabilidades

A los quince años empecé a trabajar en La Moderna, la tienda de ramos generales de don Aurelio, en la esquina de la plaza. Entré para ayudar con el papelerío y terminé atendiendo el mostrador, porque a los clientes les gustaba que les explicara bien las telas y los precios.

Cobraba poco, pero cada sábado le entregaba el sobre entero a mi mamá, que se guardaba la mitad "para cuando haga falta" y me devolvía el resto para mis gastos. Con eso me compré mis primeros zapatos con taco, unos de charol negro que usé hasta que se me gastaron las suelas.

Don Aurelio era severo y justo. Me enseñó a mirar a los ojos cuando uno cuenta la vuelta, a no prometer lo que no se puede cumplir y a tener la caja prolija, "aunque no te vea nadie". Cuando me fui del pueblo, años más tarde, fue a saludarme a la estación con el sombrero en la mano. Es una de las cosas que más he guardado en el corazón.

Los primeros amores

Cuando aparece una nueva manera de mirar a los demás

Mi primer amor se llamaba Raúl y tocaba el acordeón en el club. Yo tenía diecisiete años y él diecinueve, y durante todo un verano nos escribimos cartas sin habernos dicho jamás una palabra de frente. Las dejábamos en un hueco del tronco de la palmera de la plaza, como en las películas.

No duró. Se fue a hacer el servicio militar a Córdoba y de ahí se fue a trabajar a Buenos Aires. Alguna vez, muchos años después, me crucé con él en un velorio. Estaba más gordo y con menos pelo, y los dos nos reímos de aquella palmera.

Pero ese verano me enseñó algo: que uno puede estar enamorado de la forma en que alguien lo hace sentir, y que eso a veces dura más que la persona. Y me enseñó, también, que yo era capaz de querer con todo el cuerpo y sin vergüenza. Con ese aprendizaje me presenté, más adelante, ante el hombre con el que me casé.

ETAPA 3



Juventud y entrada en la vida adulta

De los 18 a los 30 años

“Cuando empecé a construir mi propia vida”

Formar una familia

Cuando nuestra vida empieza a incluir a otros

Conocí a Aldo en un baile de carnaval en 1968, en el club de un pueblo vecino, adonde habíamos ido con mis amigas en el sulky de un tío. Él era mecánico y tenía las manos manchadas de grasa que no se le iban ni con jabón de lavar. Me sacó a bailar una polca y me pisó tres veces. A la cuarta me pidió perdón y me dijo que, si me quedaba, prometía no pisarme más.

Nos casamos un año después, en la iglesia del pueblo, con un vestido que me cosió mi mamá en seis noches seguidas. La fiesta fue en el patio de casa, bajo el parral, con la nona Carmela dirigiendo la cocina. Bailamos hasta que salió el sol y mi papá, que casi nunca lloraba, lloró en la puerta.

Tuvimos dos hijos. Marcelo nació en 1971, después de un parto largo que mi marido pasó dando vueltas en el pasillo. Silvana llegó tres años después, y desde el primer día fue una niña de carácter fuerte. Con los dos, la casa se volvió chica, ruidosa y hermosa. Es el período de mi vida en el que más cansada estuve y también en el que más pienso cuando alguien me pregunta si fui feliz.

ETAPA 4



Madurez y consolidación de la vida adulta

De los 30 a los 45 años

Las crisis y los golpes de la vida

Con Aldo habíamos abierto una mercería y repuestos de bicicletas, y en 1988 nos iba muy bien. Teníamos un pequeño ahorro con el que pensábamos ampliar el local y, por fin, comprar el terreno de al lado. En 1989 vino la hiperinflación y, en pocas semanas, lo que habíamos juntado en años no alcanzaba ni para la mercadería de un mes.

Hubo noches en que Aldo no durmió. Se levantaba, hacía cuentas en el borde de una caja y volvía a acostarse sin decir nada. Yo le agarraba la mano, que era lo único que sabía hacer.

Salimos adelante vendiendo a crédito a los vecinos, pagando a los proveedores en cuotas chiquitas y, sobre todo, sin mentirle a nadie. Don Aurelio, ya muy viejo, me había dicho una vez que "una caja prolija vale más que una caja llena". Esa vez lo entendí de verdad.

Nunca recuperamos aquel ahorro. Pero aprendí que se puede perder casi todo y quedarse con lo que importa: con la palabra, con el nombre y con la gente que nos quiere.

ETAPA 5



Cambios, aprendizajes y una nueva mirada

De los 45 a los 60 años

Lo que aprendí de la vida

Aprendí que el amor se parece más a cuidar una planta que a encender un fuego: se riega todos los días, se le saca la maleza y a veces hay que aceptar que una hoja se seque.

Aprendí que la plata sirve, pero que nadie, en su último día, se acuerda de cuánto tuvo. Se acuerda de con quién compartió una mesa.

Aprendí que a los hijos hay que dejarlos equivocarse y no cantarles "te lo dije". Y que, aunque ya sean grandes, les gusta más que uno los espere con la puerta abierta que con consejos.

Aprendí a pedir perdón, que fue lo más difícil, y a perdonar, que fue lo más liberador.

Y aprendí, tarde pero a tiempo, que el miedo siempre se disfraza de prudencia. Hay cosas que yo no hice por miedo —viajar sola, aprender a manejar, decirle a mi hermana lo que sentía— y hoy las cuento entre mis pocos arrepentimientos.

ETAPA 6



La vida que recorrí y la que me queda

De los 60 años en adelante

Mi mensaje para los que vienen después

A mis nietos, Camila, Joaquín y Lucía, y a los que lleguen, no los conozco todavía.

Quiero que sepan que vienen de gente que trabajó mucho, que se equivocó bastante y que quiso con todo el cuerpo. De una nona que cruzó el océano sin saber leer. De un abuelo que silbaba. De una costurera que cosía con alfileres en la boca. Y de dos jóvenes que se pisaron en un baile de carnaval y nunca más dejaron de bailar.

Quiero que cuiden a las personas que quieren mientras las tienen cerca: que las llamen, que las visiten, que se sienten a la mesa sin apuro y sin el teléfono. Lo demás se arregla o se olvida, pero las ausencias no tienen arreglo.

Y quiero que, cuando sean grandes, se acuerden de que una vez, en un patio con parral, una mujer les dijo que no tenían que ser perfectos, sino buena gente. Con eso alcanza. De verdad.

Los quiero más de lo que me alcanzan las palabras.



Otros recuerdos

Historias que quisieron quedar escritas

La salsa de los domingos de la nona Carmela

Cebolla, ajo y un chorrito de aceite en la olla de hierro. Después, la carne, que se dejaba dorar sin apuro. Al final, el tomate pisado a mano, una hoja de laurel y una cucharadita de azúcar para sacarle la acidez.

La nona decía que el secreto no estaba en los ingredientes, sino en no irse de al lado de la olla. Y que había que revolverla siempre para el mismo lado, "porque si no se enoja".

Las frases de mi papá

"El que no hace nada no se equivoca, pero tampoco se acuerda de nada."

"Más vale llegar tarde que no llegar, pero más vale llegar a tiempo."

"A la mesa se viene con las manos limpias y las penas afuera."



Una vida merece ser contada

antes de que sus historias se pierdan.

ALGO PARA CONTAR

Octubre de 2026